ELOGIO FÚNEBRE



DEL EXCMO. E ILLMO. SEÑOR

D. FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO,

OBISPO DE CÁDIZ Y ALGECIRAS,

PREDICADO POR EL SR. DR.

DON FRANCISCO GARCÍA CAMERO,

Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz,

EN LAS

SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA MISMA

POR SU EXCELENTÍSIMO CABILDO,

EL DIA 9 DE ABRIL DE 1853.

SE IMPRIME CON LA LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,
Á CARGO DE D. JUAN BAUTISTA DE GAONA,
plaza de la Constitucion, número 11.
1853.

Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.

ECCLI. 50, v. 1.

Ved aquí un pontífice ilustre, que sostuvo el decoro de la casa del Señor durante su vida, y fortificó su templo en los dias de su Episcopado.

DEL CAP. 50 DEL ECLES. V. 1.

EXCMOS. É ILLMO. SR. (1)

JAMÁS orador Evangélico se ha visto poseido de un temor semejante al que ocupa mi espíritu en este dia; pues teniendo que formar el elogio fúnebre del ilustre Prelado, cuya pérdida irreparable deploramos, temo no poder corresponder á mis propios deseos, ni llenar tampoco los de V. E. (2), que me confia la ardua empresa de publicar sus virtudes eminentes. Me intimida por una parte la

(1) Gobernador civil, Cabildos Eclesiástico y Secular, y Obispo de Puerto-Victoria, oficiante.
(2) Cabildo Eclesiástico.

innumerable confluencia que se presenta á mi vista, en la que confundidas las diferentes clases de la sociedad, se reunen en este sagrado recinto mas bien para tributar el último respeto de gratitud á su Pastor amado, que para instruirse de la historia de sus insignes hechos. Hechos de todos sabidos durante su vida; por todos publicados despues de su muerte; y por todos, en fin, admirados hasta el grado de intentar inmortalizar su memoria, grabándolos en el mármol ó en el bronce. ¿Es posible deje de intimidarse un orador que vá á hablar á un auditorio mas instruido que él de las recomendables cualidades de su héroe?

Por otra parte me veo dominado de una idea terrible al tener que elogiar desde esta cátedra las virtudes de nuestro muy amado Obispo el Excmo. é Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno. Me parece verle salir de la tumba en que reposa, presentarse á mi vista, y trocando la afabilidad de su semblante, que ni aun la muerte pudo demudar, con una modesta indignacion decirme con energía. No turbes la paz de mi sepulcro; no registres mis cenizas para des-

cubrir en ellas mis secretos (1); «no publiques ninguno de mis actos, ni hables de virtudes, pues en los elogios de los muertos suelen suponerse las que no existieron, y callar los vicios, que siempre exceden á aquellas:» teme profanar la cátedra de la verdad; (2) «yo no soy mas que un indigno Monge Benedictino, y aun mas indigno Obispo de Cádiz;» te prohibo, pues, pronunciar mi nombre; deja ese lugar destinado solo á predicar la verdad, y á elogiar á los verdaderos modelos; calla; obedece.» Así se espresa este humilde Prelado en cláusula terminante de su última voluntad, y me creo escuchar las mismas palabras, acusándome de inobediente.

Pero descansad en paz, restos venerables; vuestras insinuaciones fueron siempre para mí preceptos que abrazaba con decision; vuestras dulces palabras quedaban grabadas en mi alma: detestábais las suposiciones de virtud; yo os prometo decir solo la verdad; queríais

---

(1) Cláusula de su codicilo.

(2) Inscripcion de su sepulcro con arreglo á otra cláusula de su codicilo.

que esta quedase oculta; os obedeceria gustoso si no conociese que vos mismo, que tantas pruebas de amor dísteis á vuestros diocesanos, accederíais hoy á sus justos deseos y reiteradas súplicas.

¿Ni de qué otro modo pudiéramos mitigar nuestro dolor si no con la memoria de sus virtudes? ¿No es esta una práctica casi constante de la Iglesia, observada desde los primeros siglos, y que los Gerónimos, Ambrosios, Gregorios Nacianzenos, y otros Padres usaron con fruto? (1) ¿No cumplimos con un mandato del Espíritu Santo, que nos prohibe elogiar al hombre durante su vida, y que segun la esposicion de S. Máximo, es igual al de elogiar despues de la muerte que aleja todo motivo de adulacion en el panegirista, y de envanecimiento en el elogiado? ¿No se leen hechos semejantes en las sagradas letras?

Lloraba en otro tiempo Israel la muerte del gran Sacerdote Simon hijo de Onías, y no encontraba consuelo al verse privada de un Pontífice á cu-

---

(1) Eccli. cap. 11, v. 30. Homilia 59, quæ est 2.ª de S. Eusebio Vercellensi.

yos desvelos y sabiduría habia debido su felicidad y su gloria, cuando un autor inspirado del cielo toma á su cargo mitigar su afliccion presentando el cuadro consolador de sus eminentes virtudes. Le coloca desde luego entre los hombres ilustres, que dotados de grandes talentos y sólida sabiduría han eternizado su memoria, haciendo pasar su nombre de generacion en generacion, y buscando despues en la naturaleza mil pinturas vivas y sublimes, se vale de ellas para contar sus gloriosos hechos. De este modo quedó consolado aquel pueblo afligido, que confiaba en la proteccion de su Pastor, al que suponia habitar en el seno de Abraham.

No me creo yo, angustiados gaditanos, poseido del poder y uncion divina, que acompañaban al panegirista del Pontífice Simon; pero me será permitido valerme de aquel elogio, que parece dictado para apropiarlo á nuestro ilustre Obispo, pudiéndole aplicar al menos sus primeras palabras, y deciros para vuestro consuelo: «Ved aquí un Pontífice ilustre, que sostuvo el decoro de la casa del Señor durante su vida, y forti-

ficó su templo en los dias de su Episcopado.» *Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.* Bien conoceis con cuanta naturalidad se pueden acomodar estas palabras á nuestro Prelado difunto, y que no necesito de esfuerzo alguno para representároslo, sin ofender su modestia, como un Obispo defensor de la Iglesia en general, y restaurador de esta particular.

¿Y deberíamos callar, á pesar de su resistencia, sin que recayese sobre nosotros la nota de ingratos á sus especiales beneficios? ¿Nos contentaríamos con ser admiradores en silencio de sus triunfos, y con grabar, como he dicho, en el mármol su glorioso nombre? Entonces, señores, no haríamos diferencia alguna entre los héroes de la Religion y los del siglo, y nos espondríamos á perder la memoria del que tiene derechos adquiridos á que se eternice.

Bien sabeis que en todos tiempos ha admirado el mundo hombres de gran fortuna, cuyas brillantes acciones han sido bastantes por sí solas para asombrar al universo: soldados valientes que han

consternado las naciones mas poderosas y soberbias con los felices sucesos de sus espediciones y rapidez en sus conquistas: capitanes famosos, que como el antiguo dominador de los Persas, han puesto silencio á la tierra; mas al querer el mundo eternizar su memoria no ha podido conseguirlo, y todo el brillo de sus acciones y el ruido de sus adelantos, han venido á quedar sepultados en el mas profundo olvido. Vemos constantemente, que por mas que el mundo se empeña en eternizar la memoria de sus héroes, los soberbios obeliscos que les erije, las primorosas estátuas que les labra, se dejan ver con el tiempo carcomidas y deshechas, y las voluminosas historias que les teje, solo sirven para recordarnos que todo en ellos fué orgullo, vanidad y desórden.

Pero en el santuario del Dios de la verdad sucede todo lo contrario; jamás se obscurecen las glorias de sus héroes, y cuando todo lo arrastra esta rápida série de momentos que pasan sin cesar, la sólida virtud de aquellos resplandecerá sobre las ruinas del mundo, porque el varon justo permanecerá para siempre.

Pongamos, pues, el sello de la Religion al elogio fúnebre, que tributamos á la memoria del Excmo. é Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno y Merino, Obispo de Cádiz y Algeciras. Con su muerte ha perdido la Iglesia de España uno de sus mas ilustres Pastores, y esta diócesis un padre amoroso, caritativo y amante de las glorias de esta ciudad. Él sostuvo el decoro de la Iglesia en los calamitosos tiempos que acabamos de pasar, *in vita sua suffulsit domum;* y en los mismos edificó este augusto templo, que consagró al culto de Dios, valiéndose para ello del tesoro de sus virtudes; *et in diebus suis corroboravit templum.*

¡Ojalá, que estos piadosos respetos que le tributamos, os sirvan de instruccion y no de mero espectáculo! Comunicad, Espíritu Divino, á mis palabras aquel poder sobrenatural, que me es necesario para pintar al vivo el cuadro consolador de las virtudes de nuestro difunto Prelado, y hacer que sirva de instruccion y de consuelo, como durante su vida lo fueron para todos sus palabras.

PRIMERA PARTE.

En el plan general de la Providencia que rige todas las cosas, entra sin duda el influjo particular del Espíritu Santo para la designacion de aquellos que deben regir los destinos de su Iglesia: *Spiritus Sanctus posuit Episcopos.* Enhorabuena, que en los negocios puramente humanos resalten las fragilidades de nuestra naturaleza; que el favor, la intriga, y otros medios mas ó menos reprobados sean los resortes para la elevacion de los unos y caida de los otros; mas los ministerios que dicen órden á Dios, son siempre dispuestos sabiamente por el Espíritu Santo, que se vale de los medios humanos para ejecutar sus designios tan justos en sí mismos, como impenetrables para nosotros.

Así es como preparaba desde lejos un ardiente defensor de la Iglesia Española, y un insigne maestro para los Gaditanos, infundiendo los dones de su

Divino Espíritu en un jóven cortado á medida de su corazon en medio de la Rioja, el cual educado en el temor santo de Dios por honrados y cristianos padres, caminó de virtud en virtud hasta llegar á alcanzar el glorioso término para que estaba destinado.

Un amor ardiente por el estado eclesiástico fué el fruto de su primera vocacion: amor tan prematuro como activo, que le decide á la corta edad de 15 años á abrazar el estado religioso con el fin de ser siervo útil en la casa del Señor; amor eficaz, que no le permite perder ocasion para consagrarse á su servicio, haciéndose digno de ello por su decente y arreglada conducta; amor en fin tanto mas puro cuanto que aspiraba á lo mas perfecto, y aun cuando recibiera su primera educacion entre los religiosos de S. Francisco (1), no busca su asilo sino entre los monges de S. Benito para proponerse por modelo á la gloria de su patria (2) Santo Domingo de Silos (3).

Desde luego adopta su nombre con

(1) Franciscos de Sto. Domingo de la Calzada.
(2) Villa de Cañas.
(3) Su nombre de bautismo era Jacobo Apolinar.

el que se honraba entre los monges de Silos; nombre que siempre pronunció con entusiasmo; y en el monasterio fundado por su mismo santo se consagra al servicio de Dios y de su prójimo. ¡Santo retiro! Ni un solo dia pasaba sin que nuestro Obispo te recordara, y sin que cual otro Jeremías llorase tus próximas ruinas y actual desamparo. Allí fué donde formó su espíritu, donde aprendió á conocer la vanidad del mundo, amar á Jesucristo y á trabajar con constancia en utilidad de su Iglesia. Allí concibió el mas vehemente deseo de instruirse en la ciencia de la Religion, aplicándose á su estudio con avidez y constancia tal, que en pocos años se hizo admirar por sus notables adelantos, no menos que por su humildad en los monasterios de S. Estéban de Rivas del Sil en Galicia, de S. Vicente en Salamanca, y de S. Pedro de Exlonza; siendo finalmente nombrado lector de filosofía para el colegio de Hirache, universidad entonces de todo el reyno de Navarra, y despues maestro de estúdiantes en Salamanca.

Parece que presagiaba la necesidad

de formarse con prontitud operario esperto y á propósito para oponer un dique al torrente de males que amenazaba inundar nuestra península, procedente de una nacion vecina, que engreida con sus triunfos habia hollado hasta los principios mas obvios de religion, de moral y de cultura. Estos adelantos, que no podian ocultarse á sus monges, dieron márgen para que, á pesar de sus pocos años, fijaran en él su vista los que se reunieron en el capítulo general de 1801 y lo designasen para el importante puesto de abad de S. Martin de Madrid, correspondiente en aquel cuatrienio á su monasterio.

Desde que el Rey D. Alonso el sesto donó á Santo Domigo de Silos la parroquialidad de aquel territorio, siempre hubo gran esmero en que los abades fuesen varones de ciencia y virtud probada, cual correspondia al espinoso encargo que se les confiaba, y al punto en donde habian de desempeñarlo. ¿Mas quién dudará de que nuestro Obispo se hallaba adornado de tan relevantes cualidades, despues de haberle conocido y tratado en tan largo espacio de años?

Verdad es que él aceptó con repugnancia y solo por obedecer, el puesto de abad párroco; pero tambien lo es, que supo gobernar su pequeña grey segun los principios de la mas sana moral, y adquirir tanta celebridad de humilde, prudente y compasivo, que le proporcionó despues el cuidado de este rebaño, que hoy llora desconsolado su pérdida.

Yo apelo en prueba de todo ello á los mismos habitantes de la parroquia de S. Martin, que consternados como nosotros por la muerte de su antiguo abad y nuestro último Obispo, revuelven en su memoria los hechos que unos vieron y otros oyeron, bastantes por sí solos para inmortalizar el nombre de un ministro de la Religion de Jesucristo. ¿Quién le aventajó en celo por alimentarlos con el pasto de la divina palabra? ¿Quién en el cuidado de visitar á los enfermos, sin que fuese obstáculo á su caridad el que habitasen estos en las mas humildes boardillas? ¿No se le vió mas bien consolar con frecuencia á estos desgraciados, y socorrerlos en sus necesidades, que hacerse presente á los que padecian en las casas de los pode-

rosos y de los grandes? ¡Qué tierno espectáculo era ver á la indigente viuda cubierta de luto y de tristeza y desamparada del mundo, visitada y socorrida por su abad, que parece acudir á su alilivio inspirado por el cielo! ¡Al huérfano, que perdido un padre halla en él otro solícito en prodigarle sus cuidados! Las que por seduccion, por indigencia ó por malicia eran víctimas de la pública disolucion, fueron separadas de su mala vida por sus consejos y liberalidades: por todas partes iba dejando grabadas sus huellas beneficiosas, viéndosele á veces privado aun de lo mas necesario, con tal de socorrer todo género de calamidades; logrando al fin acabar sus recursos con el tiempo de su encargo. Aun se conservan en la parroquia de S. Martin las laudables prácticas establecidas por nuestro Obispo.

Por este tiempo la revolucion francesa que habia inspirado temores á la Europa, principió á conmover nuestra monarquía; y los españoles, viendo arrebatado á su Rey, amenazados sus templos, y hollado su suelo injustamente por enemigos encubiertos, levantan el grito de



